

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

Por un mes 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales
 Por seis id. 28 »
 Por un año 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses . . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral. izq.º

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

Además de pagar lo que le corresponde á GIL BLAS como empresa editorial, en el reparto voluntario para reunir fondos con objeto de redimir á los quintos de Madrid, la redacción se suscribe por 300 rs.

Sentimos no ser ricos para dar más.

En cambio sabemos de un caballero progresista que tiene millones, y se ha negado á dar la cantidad de 200 rs.

El tal señor es don Manuel Cortina, el cariñoso amigo de Cristina.

Es menester, ¡oh amado y pacientísimo pueblo! que conozcas á los santones, no por su talento, sino por sus entrañas.

ADVERTENCIA.

Los suscritores de provincias cuyo obono venza en fin de Agosto, y deseen continuar suscritos, se servirán renovar hasta el 31, si no quieren experimentar retraso.

El medio más fácil es por letra, giro mútuo ó sellos de franqueo.

Los vendedores que pagan á fin de mes liquidarán hasta el 31.

Crónica.

Un Consejo de ministros no es bastante para resolver la cuestión de los prelados insurrectos.

Se necesita una gruesa de Consejos.

Si los ministros fuesen verdaderamente revolucionarios, si estuvieran empapados en la idea democrática, fácil sería el acuerdo.

Pero con ministros que, como alguno de los que tenemos, piensan al adoptar un acuerdo sobre los rebeldes prelados en el efecto que este acuerdo vá á producir en su cara esposa, católica-fanática como la mayoría de las mujeres españolas, con ministros así, repito, la cuestión no se resolverá nunca.

¡Y cómo será esta cuestión cuando hasta *La Epoca* confiesa que la actitud del cardenal Cuesta, arzobispo de Santiago, no es legal!

Cuando un periódico borbónico-conservador-templado-cuco opina de este modo, es señal que dentro, no ya de los principios revolucionarios, sino de las antiguas leyes, hay motivo y razón para suspender temporalidades y extrañar del reino á siervos ó padres reverendísimos, ya que no se quiere adoptar otra conducta más ajustada á lo que reclama la opinión pública.

El caso es que el clero en masa se coloca frente á frente de la Revolución, y téngase en cuenta que no hago caso de las excepciones por ser muy escasas.

El clero, pues, se planta en medio del arroyo con el bonete sobre la oreja y el manteo terciado, diciendo al gobierno:

«Por aquí no pasa nadie.»

Se atribuye la nueva actitud de los prelados á recientes órdenes de Roma.

Cuéntase que el Papa es decidido partidario de la candidatura del *Puigmoltejo*.

Casi me cuesta trabajo creer que el Papa, hombre de pelo en pecho, se decida por la dudosa legitimidad, teniendo legitimidad entera en el *terso*.

Pero en fin, como Isabel ha dado mucho oro en descargo de sus pecados, y como ofrece dar más si su apreciable persona ó la del *Puigmoltejo* se arrellana algun día en el trono de sus mayores, el Papa cede y recoge de los pedazos de la legitimidad y del derecho divino esparcidos por el viento de la revolución, aquel harapo que en España se llama *Puigmoltejo*, y del cual se cuenta que al ser presentado al pueblo por su aparente padre, D. Francisco de Asís, los espectadores empezaron á gritar palmeando:

—¡El autor, que salga el autor!

Pues bien, amigos míos, metido el Papa en cosas que solo debieran interesar á los españoles, y que desgraciadamente interesan también á la Hacienda romana, caten Vds. que prefiere á la legitimidad y carlisto-manía del *terso*, la ilegitimidad y *Puigmoltejo*-manía de doña Isabel.

Y viendo la corte romana un motivo de trastorno en la cuestión suscitada por el clero, ha aconsejado á sus pastores que se mantengan firmes hasta que el derecho vuelva á posesionarse del trono.

En todo esto no hay más que una buena intención.

Crear obstáculos á la revolución.

Impedir que se consolide.

La historia, en casos tales, habla con mucha elocuencia: la corte romana es débil con los poderosos, y poderosísima con los débiles.

¿Se acuerdan Vds. de aquellos días de júbilo y temor, de aquellas horas de entusiasmo, y que pudieron ser tambien horas de venganza, de la revolución de Setiembre?

¡Parece mentira!

Tanto como habia que hacer, y tan poco como se ha hecho.

¡Un pueblo que entraba de lleno en el goce de su libertad, y en vez de castigar á los negociantes, á los que habian chupado su sangre, convertido de repente en guardianes de esos mismos agiotistas, de esos mismos mercaderes, de esos usureros cortesanos de todos los vicios!

Entonces ocurrieron dos cosas muy particulares, ó mejor dicho, dos sensaciones á cual más justas: 1.º de temor á la justa indignación de un pueblo tantas veces engañado y siempre explotado; 2.º de alegría y agradecimiento hácia ese pueblo que tan generoso se mostraba.

Estas impresiones pasaron sin dejar más huella que las de un memorable empréstito hecho á duras penas por la Junta revolucionaria de Madrid, y garantido por bonos del empréstito del Ayuntamiento.

Vino luego la cuestión de las quintas, y el horizonte volvió á ponerse turbio, y entonces los capitalistas de Madrid ofrecieron al Ayuntamiento su dinero. Noventa mil duros cuesta librar de la quinta á los hijos de Madrid, y los capitalistas ofrecieron llenarlo en seguida, y con efecto, no lo hicieron. Hoy ha sido preciso recurrir á todo el vecindario. El mismo Manzanedo, que ofreció al alcalde 25.000 duros, se contenta con dar 35.000 rs.

¿Qué más?

El Universal nos dice que mientras un extranjero, y por más señas *judío*, el Sr. Weisveiller, ha dado 20.000 rs., el español y *católico* Sr. Rivas, solo ha dado 4.000.

¡Qué capitalistas, Dios eterno, qué capitalistas!

D. Manuel Cortina se niega á dar 200 rs.

Otros muchos son de su opinión.

Como Vds. ven, esto significa una hostilidad clara y patente á la situación liberal.

Dueño es cada cual de tener sus opiniones, pero á nadie le es permitido insultar la desgracia.

Algo de insulto hay en eso de ofrecer al alcalde de Madrid reunir en breve plazo la suma del dinero que se necesita para un objeto tan patriótico, y llegado el momento faltar á su compromiso.

Esto es lo que han hecho en general los capitalistas de Madrid. Mientras temían, hacían ofrecimientos; ven el orden asegurado, y no cumplen.

Para los ingleses, el tiempo es dinero.

Para los banqueros españoles, el orden es negocio.

LUIS RIVERA.

LA CLERIGALLA.

Así se llama un libro que verá Vd. en todos los escaparates de las librerías.

¿Necesitaré explicar á Vd. de lo que trata?

Me parece que no. Su título no deja lugar á dudas.

Acaso habrá quien me pregunte:

¿Es un poema?

¿Es una leyenda?

¿O una novela?

¿O un estudio?

Le diré á Vd.; á mí me parece un garrotazo.

Un garrotazo dado al clero es hoy por hoy un mérito á los ojos de Dios. En este concepto no vacilo en llamar cristiano al libro de que me ocupo.

Libro de sacristía lo ha llamado su autor. *Edición de lujo para el niño terço*.

Encabeza su obra con la siguiente barbaridad estampada en el número 2569 del *Pensamiento Español*.

«¡Maldita mil y mil veces la ciencia! ¡Bendita por los siglos de los siglos la ignorancia! Un nuevo Omar que abrasara todas las bibliotecas del mundo, sería el bienhechor más grande del humano linaje: Guttemberg es el hombre más funesto que ha producido la prole de Adán, filósofo sinónimo de bárbaro.»

Las anteriores frases que han sido con acierto es-

cogidas por el autor de *La clerigalla*, le servirían perfectamente de disculpa á cuanto haya de duro para los neos en el libro.

¿Gente que piensa así, no merece que se la combata sin descanso?

¿Y á quién corresponde combatirla? A los escritores liberales. El autor del libro objeto de estas líneas, es D. Victor Caballero y Valero.

¿Y cómo se debe combatir al ridículo partido clerical?

Por medio del ridículo.

Tiene, pues, la obra todas las condiciones necesarias y suficientes (como se dice entre algebristas) para agradar al público liberal y para desesperar al público neo-católico, que es lo que se desea.

El público liberal es aficionado á esta clase de trabajos, y lo ha demostrado cumplidamente. Agotó la edición de *Los curas en camisa*; hizo otro tanto con *Los neos en calzoncillos*. Ahora se le presenta ocasión de hacer lo mismo con *La clerigalla*, título nuevo y autor nuevo. La novedad dentro de lo interesante. No se puede pedir más.

La clerigalla está escrita en versos fáciles y en variedad de metros. Desde la octava real (metro monárquico) hasta la seguidilla (metro populachero).

Los capítulos en que se halla dividida la obra están dedicados á diferentes asuntos (como si dijéramos, asuntos eclesiásticos).

Hé aquí los títulos:

Al tronado monarca D. Carlos de Borbon y de Este, días el niño terso.—*Introducción.*—*¿Qué ocurre?*—*Los curas sueltos.*—*Los curas locos.*—*Los curas fanáticos.*—*Los curas enamorados.*—*Funciones de desagranados.*—*Los curas casados (1).*—*Plegaria carlista.*—*Los curas conspirando.*—*Los curas armados.*—*Disposiciones tersas.*—*Ovación á S. M.*—*Los curas amarrados.*—*Adios al lector.*

En todos estos capítulos hay ligereza de estilo, crítica dura de los vicios del clero (aunque el arzobispo de Tarazona se sulfure), y sobre todo una franqueza muy digna de elogio.

Mas animoso que la generalidad de las gentes, el autor declara el poco cuidado que le da el furor de los curas:

«Chilla un cura, ¿qué me importa?

yo no los pierdo de vista,
aunque el bando absolutista
sé que ni pincha ni corta.
Probemos con voluntad
á toda la gente nea,
que defendemos la idea
que adora la humanidad,
y bendigamos el nombre
del que con amor profundo
lucha sin trégua en el mundo
por la redención del hombre.

Sé que se aterra el tirano
cuando inquieto considera
que ya la fé regenera
á todo el género humano.
La libertad borrará
de la esclavitud el nombre;
sé que libre será el hombre;
¡debe serlo, y lo será!»

Uno de los capítulos lleva la siguiente redondilla á guisa de prólogo:

«Les dedico este sainete
á dos españolas plagas;
á la monja de las llagas
y al cura del clarinete.»

No se puede hablar más claro. Esto es llamar á las cosas por su nombre.

Le digo á Vd. que acabado de leer el libro le dan á uno ganas de irse al café y pedir una ración de arzobispo á la vinagreta.

Bendigamos los tiempos en que todo se puede decir, y procuremos que duren para que los escritores vayan convenciendo al pueblo de que el neo es una calamidad pública á la que hay que combatir sin descanso.

UN CONOCIDO ANTIGÜO.

¡Y tan antiguo!

Dos siglos hace que GIL BLAS y el arzobispo de Granada se conocen, y aunque no se habían vuelto

á ver desde el reinado del señor rey D. Felipe III, de piadosa y estéril memoria, no importa; GIL BLAS no es ingrato, y con igual placer recuerda al arzobispo de 1609, que al barbero Fabricio de la misma época.

¡Qué bien dice el refrán ó el adagio ó lo que sea, cuando dice que los hombres siempre serán los mismos, pese á los latinos, que imprudentemente aseguraron que íbamos cambiando conforme cambiaban los tiempos!

Ya por la citada fecha el catolicismo de GIL BLAS no era muy católico que digamos, ya el arzobispo de Granada no tenía un concepto muy cabal de las cosas de la tierra.

GIL BLAS tuvo que salir del palacio arzobispal porque se atrevió á obedecer al prelado, advirtiéndole que sus sermones decaían visiblemente, y aun le parece que era ayer cuando en la mesa del egregio sacerdote, lamentando los pasados tiempos, se dijo que hasta el tamaño de las manzanas iba á ménos.

Todo esto y algo más se renueva en mi memoria al pasar los ojos por la respuesta dada por el arzobispo al ministro de Gracia y Justicia, y sobre todo al ver que aquel reduce á dos docenas el número de clérigos facciosos.

Comprendo el procedimiento: si siendo divinos el Padre, el Hijo y el Espíritu, quedan reducidos á uno solo por medio de los eficaces reactivos teológicos, bien pueden reducirse á veinticuatro los centenares de clérigos sublevados en el período de primera intontona.

Los clérigos sublevados son meras personas humanas ó inhumanas, segun como quiera entenderse, y con ellos se pueden verificar muchas más desconposiciones que con la divinidad, y aun cuando mundanal y aritméticamente contados los susodichos sacerdotes facciosos no son docenas, sino centenares, el arzobispo mismo nos advierte que él, á pesar de la mitra, es hombre impresionable y sujeto al error de la pasión y el sentimiento, y no añade «de cálculo» porque ya supone que así lo sobreentendemos.

¡Oh, qué gusto es hallar á un conocido antiguo, y al cabo de dos siglos y medio verle como si no hubiesen pasado días por él!

El arzobispo se lamenta hoy de la herética propaganda que hacemos unos pocos españoles, que á él se le figuran muchos, de la misma suerte que se lamentaba dos siglos hace; solo que entonces á lo menos le quedaba el consuelo de las hogueras inquisitoriales, y tuvo el alegrón de ver arrojados de España en un periquete á 800.000 moriscos.

Estremécese, como es de su deber, ante la impía propaganda de la prensa (y eso que no ha visto mis *Cachivaches de antaño*) y discurre con razón que en vista de que los herejes predicamos la tolerancia con los católicos, nada tiene de extraño que los sacerdotes agradecidos nos correspondan con aquella imitación de la voz del Sinaí, disparando trabucos.

Y parte el corazón cuando con arzobispal ternura recuerda que el pobre clero anda tan atrasado de pagas temporales, como si tuviera los fondos en la «Caja de Depósitos.»

No puedo menos de confesar la existencia del alma, porque á la ídem me han llegado los preclaciles sollozos.

¡No cobrar!...
Horrible, horrible, horrible... sobre todo sacerdotalmente considerado.

¡Haber sido el sacerdocio árbitro de todo en España, haber llegado á fuerza de siglos, privilegios é inmunidades á convertir en pueblo descreído al pueblo más católico del mundo, y despues de haber llevado á cabo tan colosal empresa... no cobrar durante tantos meses!...

Estoy por exclamar: ¡Oh!

Pero no lo exclamo. Quiero contener mis impulsos por no empañar con mi llanto los límpidos arroyos de lágrimas clericales que fertilizan el campo de nuestras glorias.

¡Vaya, vaya! Con que el arzobispo de Granada es el mismo que era en tiempo de los Lermas y Ucedas...

Pues señor... no me opongo.

ROBERTO ROBERT.

ZURCIDOS SIN CONOCERSE.

Interesante á todas las personas que deseen ganarse la vida.

A pesar de lo mucho que se ha hecho, hay todavía algo que hacer en España.

Este algo consiste en fundar una casa comercial con el siguiente título, que se podría pintar en un cartel con letras enormes:

FÁBRICA DE REVOLUCIONES

para el restablecimiento de la monarquía española.

Obsérvese que cada ocho días nos anuncia *La Correspondencia* un próximo levantamiento.

Ya es una campaña que se ha de hacer con el dinero de la ex-reina Isabel.

Ya es una guerra civil con que nos amenaza el oro del niño terso.

Ya es...
Ibamos á decir no sé qué del duque de Montpensier, pero esto no lo publicará nunca *La Correspondencia*.

Entre tanto vivimos en una semi-república, con la cual no nos va del todo mal, y váyase lo uno por lo otro.

La casa que tomara á su cargo un negocio como el que hemos indicado, podría prosperar, segun y conforme.

Un príncipe cualquiera, D. Carlos, por ejemplo, se dirigiría al director del establecimiento (*de incógnito* por supuesto), y le diría:

—Caballero, necesito de los servicios de Vd.

—Usted dirá.

—He visto anunciado el establecimiento...

—Ah, ya.

—Y vengo á ver si nos arreglamos.

—No deseo yo otra cosa.

—Necesito una revolucion.

—Corriente. ¿Para cuándo?

—Para el jueves de la semana que viene.

—¡Cáscaras! Muy pronto es.

—Ya lo sé; pero me corre prisa...

—¿No puede Vd. darme ocho días más?

—No puedo.

—Para el jueves... es muy poco espacio. Para el domingo la tendrá Vd.

—Bueno, sea el domingo. ¡Pero que sea una cosa buena!

—¡Ah! eso depende de lo que Vd. quiera gastar.

—En cuanto á eso, no reñiremos. Estoy dispuesto á no economizar un real.

—En ese caso, le aseguro á Vd. que será una revolucion de primera clase. ¿Cuánto quiere Vd. gastarse?

—Diez millones.

—Perfectamente. Vd. verá cómo me porto. Necesito hacer parroquia y le aseguro á Vd. que estoy dispuesto á trabajar barato. ¡Si viera Vd. qué perdido está esto de los tronos!

—¿De varas?

—¡Uf! No puede Vd. figurarse qué poca animación hay en los príncipes para reinar en ninguna parte.

—Hombre, ¿y en qué consiste eso?

—En que las ideas modernas han hecho que el papel de monarca sea muy difícil de representar. Sobre todo, desde la desgracia del emperador de Méjico hay un pánico muy grande en la plaza. ¿Con que decimos que diez millones?

—Sí, pero deseo algo más que un pronunciamiento ó que un levantamiento general... ¡Quiero una revolucion á todo lujo!

—Cuente Vd. con ella.

—¿Cuántos partidarios me puede Vd. dar?

—Cinco mil.

—¿Cinco mil soldados?

—Cinco mil soldados.

—¿Pero es posible?

—Sí señor. Cinco mil que los haremos pasar y repasar por una misma ciudad, y parecerán cincuenta mil lo menos.

—Necesitará Vd. saber el grito que han de dar.

—Es claro. Dígame Vd...



—Ziz, zas, ziz, zas, ziz, zas.
 —¡Demonio! no creí que fuera tan dura de batir.

—Deben gritar:—¡Viva Carlos VII!
 —Muy bien. Aquí tiene Vd. la *Gaceta carlista*.
 —Vea Vd. si está á su gusto.
 —¡Cómo! ¿Antes de empezar la campaña ya hay una *Gaceta*?
 —¡Naturalmente! Las tenemos hechas de antemano.
 —¡Ah!
 —En todas se dice que Vd. ha vencido. Aunque suceda lo contrario, esto se reparte con profusion y la opinion pública se mantiene viva.
 —¡Bravo! Veo que el establecimiento está bien montado.
 —Regular. Los partes telegráficos serán interceptados en varios puntos.
 —Muy bien.
 —Y cortaremos el ferro-carril, segun costumbre.
 —Me acomoda.
 —Ya se puede Vd. ir descansado.
 —Gracias.
 —¿Qué le parece á Vd. nuestra empresa?
 —Admirable.
 —Si Vd. queda contento, envíenos parroquianos, ¿eh?
 —¿Cómo se entiende? En subiendo yo al trono no permitiré ya este comercio. Lo declararé ilícito.
 —No importa.
 —¿No?
 —No señor.
 —¿Y por qué?
 —Porque la casa no habrá perdido nada.
 —¿En qué se funda Vd.?
 —¿En qué me he de fundar, hombre? ¡En que de aquí á que Vd. sea rey de España, nos sobra tiempo para hacer nuestra fortuna!

LOS PAPAS.

(Conclusion.)

El principio del Pontificado es sencillo y claro como el sol; ya se ve, como que es obra de Dios mismo.
 Bajo su apacible régimen, los súbditos no tienen mas que obedecer.
 Los hombres, empero, desde el pecado de Adan acá, desconocen la bondad y sencillez de ese sistema, y por todo el mundo andan buscando mil complicaciones para gobernarse á sí mismos: delirio insano que es la causa de todas nuestras dichas.

Los impíos, con tal de no obedecer al Papa, discurrían los mas absurdos planes de gobierno, y toda Italia hervía en políticos, destituidos, por supuesto, de razon y de carácter sacerdotal.

Unos soñaban en una confederacion de príncipes italianos, seglares; otros querían resucitar la república unitaria; querían fiar el gobierno de la Peninsula al soldado que mas gloria adquiriese en la sacrilega lucha que trataban de emprender contra el Pontífice.

Contra todos estos absurdos se levantó la voz de un sacerdote que para conciliar el patriotismo italiano con los intereses del cielo, propuso inspiradamente la idea de la unidad de Italia, bajo la soberanía del Papa.

Los romanos se quejaban de lo que pesaba sobre ellos el gobierno clerical; ¿pues tenían mas que repartir aquel peso entre todos los italianos, y les habria tocado mucho menos á cada uno?

La idea fué acogida con gran entusiasmo.
 Bastaba afeitarse la coronilla para sentirse alentado por las mas jubilosas esperanzas.

La obra de Gioberti, que así se llamaba el restaurador de la idea de los Guelfos, hizo abrir de admiracion innumerables bocas sacerdotales, y el Pontífice mismo, maravillado de aquel proyecto, dió una prueba patente del efecto que le habia producido.
 Se murió de regocijo.

Enamorados los italianos de la idea de unidad para su patria, vieron ocupar la Santa Sede á Mastai Ferretti, que tomó el nombre de Pio IX.

Pio IX habia sido un poco liberal en sus verdes años. Habia servido un poco á Napoleon; habia sido un poco carbonario; en fin, cosas de muchachos; pero siempre muy creyente, de tal manera, que creyó en la posibilidad de una paliza á Austria en 1848, y desde lo alto del Quirinal bendijo á las tropas que partían á hacer guerra á aquel imperio, que ya no era hijo predilecto de la Iglesia, aunque despues volvió á serlo, por mas que ahora ha vuelto á dejar de serlo, si bien es probable que volverá á serlo, etc., etc., etc.

Pero las cosas políticas no anduvieron sin duda del modo que Cristo habia ordenado á su Vicario.

Ello es que Pio IX habia bendecido las banderas el 25 de marzo; pocos dias despues, y alcanzada la primera victoria, empezó á circular el rumor de que el Papa no estaba contento de su general, y el 29 de abril publicó un papel, segun el cual ya no queria ni general, ni guerra, ni nada.

Es decir, nada...

El papel decia que, al fin y al cabo, Pio IX ocupaba, aunque indignamente, el lugar de aquel que es autor de la paz, y que fiel á los deberes de su supremo apostolado, daba un beso á todas las naciones, á todos los pueblos, para los cuales se sentía poseído de un mismo sentimiento de amor paternal.

El chasco de los liberales fué merecido.

Desde entonces ya saben ustedes lo que ha pasado; vino la saludable reaccion, y como la reaccion no se opone á ningun dogma sagrado, el Papa fué tolerantísimo con ella y le dió abrigo en sus dominios y albergue cómodo en sus insituciones.

Pio IX, uno de los últimos Pontífices con poder temporal, dicen los impíos, ¡y aun los hay que se atreven á llamarle el último!

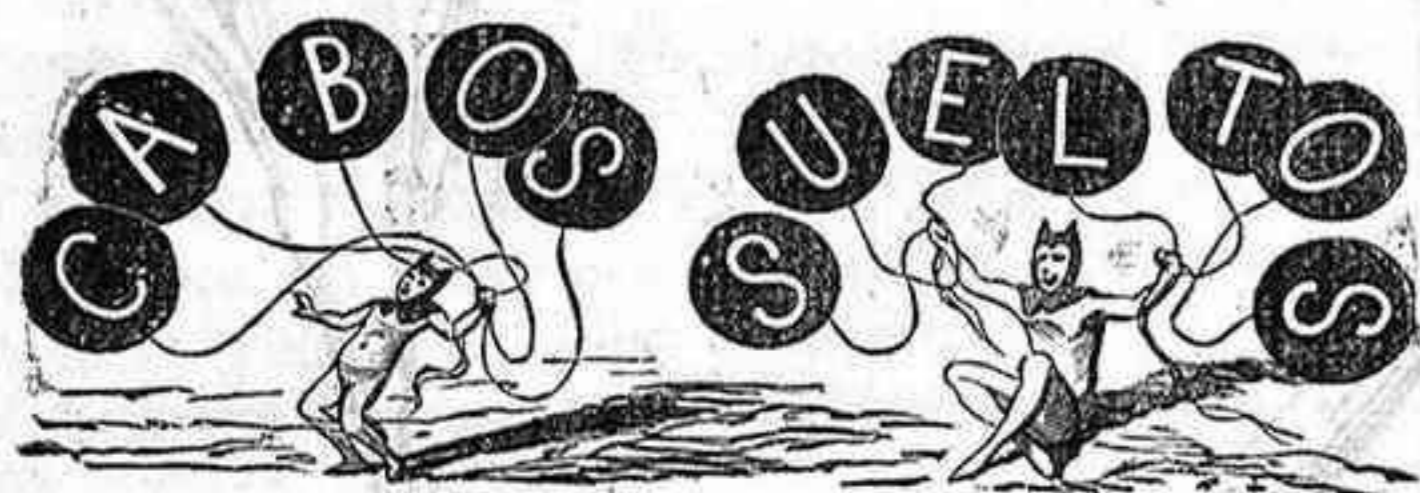
Pio IX habria muerto gustoso por la causa del orden, si un disfraz de cochero no le hubiese envuelto en sus pliegues y subidole á un pescante, del cual se apeó en Gaeta.

Su famoso *Syllabus* le hará inmortal entre los pueblos cristianos; su último Concordato con España le habria inmortalizado tambien, si el Señor no hubiese resuelto im-

pedir que se pusiese en vigor; su regalo de la rosa de oro á la última reina de España, muestra la sobrenatural prevision con que quiso hacerle llevar su destierro.

ROBERTO ROBERT.

(Se continuará.)



La nueva empresa del teatro de la Ópera no nacional, es decir, italiana, ha empezado haciendo economías, lo cual prueba que conoce el terreno que pisa y el año en que vive.

Primera economía: rebajar el precio de los billetes.

Veo que la empresa trata de obrar con cordura, aunque esto le esté mal el decirlo á la orquesta, única que hasta ahora ha tomado á mal eso de las economías, por la parte que le toca.

Pues señor, la empresa que empieza por rebajar el precio de los billetes, hace muy bien rebajando todos los gastos, y con este fin ha encontrado apoyo en todos los empleados del teatro, menos en la orquesta.

La orquesta es una señora orquesta, muy buena, muy cara, y muy poseída de estas dos cualidades.

La empresa le dijo: Señora orquesta, voy á suprimir algunas partes que no me hacen falta, y propongo á Vds. al mismo tiempo una rebaja como á todos los demás empleados.

La orquesta.—Ni rebajo un músico ni rebajo un ochavo. O nos toma Vd. como estamos, ó nos vamos con la música á otra parte.

La empresa.—¡No desafine Vd. por Dios! Yo tendré cuidado de dejar la orquesta como la tenía Bagier, época de prosperidad para el teatro.

La orquesta.—Y yo la mantendré como la puso Caballero, época de quiebra. ¡Aquel sí que era empresario, aquel! ¡Con qué rumbo ofrecía, y con qué rumbo tronaba! Así me gustan á mí los empresarios, y no Vd. que nos viene ahora con economías y con planes para defenderse del mal tiempo.

Desconcertadas de esta manera las voluntades del empresario y los músicos, sale á luz la cuestión por medio de manifestos al público.

La empresa hace saber que traerá músicos de todas partes, por no ceder á la tiranía musical de una orquesta que se sube.

La orquesta ha respondido que se le pedían muchas rebajas, pero calla cuáles son sus exigencias.

Mi opinión es que la orquesta no va muy acertada.

Le concedo el derecho de pedir individualmente al empresario el sueldo que juzgue cada cual necesario.

Pero pareceme una exigencia fuera de todo razonable limite el oponerse como corporación á que el empresario pueda dejar fuera los individuos que guste, ya suprimiéndolos si sus puestos los juzga innecesarios, ya reemplazándolos por otros.

Ante la atroz y tiránica amenaza de todos ó ninguno, la empresa no debe ceder, y si le fuere imposible formar otra orquesta, su dignidad le aconsejaría entonces dejar el teatro.

Este es el consejo que le doy, abrigando todavía la esperanza de que cese este desconcierto, en lo cual ganariamos todos.

Ha muerto D. Casto Mendez Nuñez. España ha perdido uno de sus hombres más ilustres.

Acaso el primero de nuestra historia contemporánea.

Mendez Nuñez debía, por su talento, por su prestigio, por su severidad, por su valor y por su virtud, ser algún día el sosten quizá de la patria.

¡Y ha muerto joven, mientras viven otros saltibancos viejos!

—Inclínese Vd. ante los decretos de la Providencia.

—¡No me da la gana!

Por falta de espacio no podemos publicar un comunicado del Sr. Gonzalez Llana, antiguo compañero en la prensa, como redactor de *La Iberia*, y hoy gobernador de Alicante.

El Sr. Llana se defiende de algunos cargos que le hacen los periódicos de oposición, dando así una prueba de buena práctica liberal, pues los ataques de la prensa con la misma prensa se conrrijen.

Por nuestra parte, no habiendo dicho nada que se pueda referir al Sr. Gonzalez Llana, nada tenemos tampoco que rectificar, pues en la prision de Carvajal nos dirigimos al juez, que es en nuestro juicio responsable de un acto de lesa-discrecion.

Pide *La Opinión Nacional* la separacion de nuestro embajador de Portugal.

No le haga Vd. caso: ¡es montpensierista!

Leo varios detalles en una correspondencia sobre los carlistas.

Un prisionero de estos, ya viejo, dice que el cura le ha ofrecido que si muere defendiendo tan santa causa, irá al cielo.

Otro más viejo todavía, y muy gordo, dice que le ofrecieron mil reales de entrada, y despues un duro diario.

Me parece mas político el primero que el segundo ofrecimiento.

Porque para convencerse de que va al cielo tiene que morirse, mientras que para comprender la farsa de los mil reales de entrada, no hay más que hacer la salida al campo.

Está visto que el Dios de los carlistas, como no dé en la otra vida raciones de cielo, lo que es en esta no dá siquiera esperanzas de potaje.

¡Otro gazapo literario! En Gijon han dedicado á la prima donna Sra. Sonnieri unos versos, al presentarse en escena ya restablecida de las viruelas que ha sufrido, y que dicen así:

«En tu rostro, ni un brillante dejó la terrible parca, de quien tu efigie no marca da pruebas de ser galante; en este supremo instante escucho la melodia de esa mágica armonía que de tu LARINGE sale aplaudid, pues, que ella vale cuanto Gijon merecia.»

¡Cómo han de ser ricos los poetas chirles, cuando hasta toman por brillantes las manchas de viruelas!

El poeta me ha de perdonar una observacion:

Si por la LARINGE de la Sonnieri sale lo que merece Gijon, creo yo que por la boca del poeta no sale más que lo que merecen las viruelas.

Quien está aquí en peor situacion es la Srta. Sonnieri, que ha escapado de una enfermedad para caer en otra.

La Política, al ocuparse de la comida con que el regente ha obsequiado á algunos periodistas en la Granja, pone de manifiesto el sentimiento que le causó no poder asistir.

Y con este motivo publica el brindis que hubiera pronunciado si hubiera asistido.

Yo tambien le hubiera dicho si hubiera asistido: —Señor, arreglemos pronto este cotarro, que ya me va corriendo prisa. Lo del monarca no me corre ninguna, pero si hay que tragar alguno, tráigamelo V. A. baratito, que no estamos para lujos.

La Correspondencia publica las contestaciones de los obispos, y el día que tal hace no publica folletín. Fábula por fábula, prefiere dar la clerical porque está en moda.

Me parece bien.

La mejor manera de distraer al público es hacerle ver lo que los obispos dicen.

No sería de extrañar, sin embargo, que el público, harto de farsa, se disgustase, y lo demostrara de una manera ruidosa.

No sé por qué, me acuerdo ahora mucho del año de 1834.

Conviene hacer presente una cosa.

Apenas quedan partidas carlistas en España. Sin embargo, *La Correspondencia*, por *fas* ó por *nefas*, siempre tiene media docena de partiditas que ofrecernos en sus columnas.

En su afán de dar este género de noticias, llama partida á cualquier reunion de dos ó tres personas.

No me extrañaría que un día de estos dijera que la calle de Sevilla al anochecer está llena de partiditas.

O que al preguntar á cualquiera por la familia, le dijese:

—¿Y cómo tiene Vd. su partida?

No alucinarse, amigo, no alucinarse.

Lo hemos dicho y lo repetimos. La campaña carlista no tiene importancia ninguna hoy por hoy.

Querer dársela, es como tener deseo de aprovecharse de todo para *aquello*.

Y ya saben Vds. lo que es *aquello*.

Aquello es lo de Sanlúcar.

¡Ochenta millones dicen por ahí que va á economizar el ministro de Hacienda!

¡Cielos! ¿No es ilusion? ¡Ah! ¡Constantino... Constantino... decidme que no es un sueño lo que me han referido!

El nuevo periódico *La Conciliacion* defenderá la reaccion hasta cierto punto.

Es decir, defenderá la candidatura de Puigmoltejo, pasando por todo.

Lo que tiene de malo el plan, es que se ve de venir, como dicen por los barrios bajos.

Nada, nada; eso y leer *La Epoca* es perder el tiempo.

Prnfiro ir á ver bailar el can-can.

La Regeneracion se ha dedicado al poco envidiable afán de publicar invenciones de su cosecha.

Se empeña en hacer creer á sus lectores que en Madrid es allanado el domicilio de los ciudadanos.

Si tal cosa sucediera, crea *La Regeneracion* que antes de que ella se quejara, otras personas hubieran tomado la iniciativa en cuestion tan grave.

Créanos el periódico religioso (!), para acabar con los carlistas no se necesita violar los derechos individuales.

Parece que se han dado las órdenes oportunas, á fin de que se construyan 50 fusiles y 5000 cartuchos del nuevo sistema Nuñez de Castro.

Con el alma lo celebramos, porque además de que siempre nos llena de satisfaccion que un español haga una cosa buena, estamos seguros de que el fusil de que se trata ha de dar excelentes resultados.

Nosotros le hemos visto, y nos ha parecido superior á todos los sistemas extranjeros.

¡Viva España!

Las cosas de España son siempre las mismas. Cuando empezaron á formarse las partidas carlistas, la mayor parte de los batallones de voluntarios que hay por esos mundos, estaban sin armas.

Mientras ha durado el jaleito por ahí, el gobierno no ha dado armas á nadie.

Ahora que ya no hay nada empieza el gobierno á ser activo, y á enviar lanzas y escopetas á los pueblos.

¡Je! ¡je! ¡je!

Se ha publicado un interesante libro que se titula *Historia de la campaña de 1815*.

Está correctamente traducido del francés por el laborioso escritor D. Arturo Cotarelo, ya conocido por otros apreciables trabajos literarios.

En la *Historia de la campaña de 1815* encontrará el lector curiosos datos y datalles minuciosos muy útiles.

Es un bonito libro, aumentado por el traductor con las biografías de los personajes que en él figuran.

En un periódico de Lisboa hemos visto un anuncio que está encabezado con estas palabras:

¡Se acabaron los callos y los callistas en Lisboa!

Lo notable de esto es que quien anuncia no es un portugués, sino un español.

¡Qué poco nos diferenciamos unos de otros!

En Tuy ha sido cogido el canónigo Manterola, con bigote y con una señora.

¿Señor, no es esto una delicia?

¿No da gusto pensar que un canónigo puede ser diputado, conspirador, usar bigote y acompañar jamonas?

¡Le digo á Vd. que es un gusto eso!

A pesar del disfraz y todo, la policia conoció al Sr. de Manterola.

Yo creo que hubo aquello de

¡La casaca rota por detrás!
¡por detrás!

Dos recién casados en la estacion del ferro-carril.

El.—Maria, monona mia, estaremos en el campo mientras dure nuestro amor.

Ella.—¡Con mucho gusto! Toma billetes de ida y vuelta.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Milano*.

CHARADA.

Hay en Gerona un rio

doña Basilia,

que es en esta charada

cierto; mi prima

con segunda detengo

á mi borrica;

y es el todo un pollino

que causa risa.

(La solucion en el próximo número).

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.